

LA GRAN MÚSICA ALEMANA.
DE BACH A BEETHOVEN



Wilhelm Dilthey

LA GRAN MÚSICA ALEMANA.
DE BACH A BEETHOVEN

Edición, versión y notas de
Blas Matamoro

fórcola
Singladuras

Singladuras

Director de la colección: Javier Fórcola

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta: Johann Sebastian Bach,
retrato de Elias Gottlob Haussmann (1746),
Altes Rathaus Leipzig

Título original: *Die große deutsche Musik des 18. Jahrhunderts.
Von Deutscher Dichtung und Musik*
(B. G. Teubner, Stuttgart 1957)

© De la edición, versión y notas,
Blas Matamoro, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-17713-2018

ISBN: 978-84-17425-16-6

Imprime: Sclay Print, S. A.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

INTRODUCCIÓN. Wilhelm Dilthey, la filosofía y la música	7
--	---

**La gran música alemana.
De Bach a Beethoven**

La gran música alemana. De Bach a Beethoven	25
Los inicios de la gran música alemana	25
Características de la música religiosa	31
Heinrich Schütz	36
Johann Sebastian Bach	41
Händel	93
Haydn	105
Mozart	125
I. El principio de la construcción musical	127
II. El sentimiento vital de Mozart y su expresión en la génesis de su principio musical	131
III. El drama musical	133
<i>Las bodas de Fígaro</i>	133
<i>Don Juan</i>	137
<i>La flauta mágica</i>	144
Beethoven	147
<i>Fidelio y la Novena Sinfonía</i>	147
PEQUEÑA GUÍA BIOGRÁFICA	153
ÍNDICE ONOMÁSTICO	157

INTRODUCCIÓN

Wilhelm Dilthey, la filosofía y la música

Blas Matamoro

1

Los escritos del presente volumen no aparecieron en las obras de Dilthey ordenadas, de acuerdo con las indicaciones de él mismo, por Paul Ritter, en ocho volúmenes. Les habría correspondido figurar en el tercero, integrado por *Estudios para la historia del espíritu alemán* (La Reforma) o tal vez en el cuarto (El idealismo). Fueron exhumados en 1932 por Herman Nohl y Georg Misch para los editores Vanderhoeck y Von Ruprecht, de Gotinga, y Teubner de Stuttgart. Se volvieron a publicar en 1957, siempre bajo el título de *Von deutschen Dichtung und Musik* (*De la poesía y la música alemanas*). Comprenden una serie de estudios, en su mayoría inacabados, en parte con el subtítulo de «El mundo germánico», que engloba la poesía caballerescas y el *epos* nacional, más los trabajos sobre música que se ofrecen tras este prólogo, y notas sobre Klopstock, Schiller y Jean-Paul Richter.

Se han conocido traducciones al castellano de la parte histórico-musical. Entera, integra el volumen de obras de Dilthey ordenadas y bautizadas por Eugenio Imaz (Fondo de Cultura Económica, México,

1945, y sucesivas reimpresiones) según una inteligente y fina muestra de su consabida tarea. El libro se llama *De Leibniz a Goethe* y es claramente indicativo de su temática. Lleva un prólogo del editor, que figura asimismo como autor de la versión junto con José Gaos, Wenceslao Roces y Juan Roura. Parcialmente, con el título *La gran música de Bach*, se debe a Jesús Aguirre como traductor y a Federico Sopena como introductor (Taurus, Madrid 1963).

Tratándose de Dilthey, la faena de reunir, ordenar y nombrar las distintas colecciones de sus escritos es compleja y admite, como se va viendo, distintas soluciones. En el caso de la nuestra (del editor madrileño y de quien suscribe) se ha preferido subrayar la unidad temática de sus componentes: la música alemana entre la Reforma protestante –más estrictamente: luterana– y la Ilustración.

Los originales ofrecen una primera dificultad. No se publicaron en vida del filósofo y se conservaron en manuscritos a lápiz, salvo algunos folios a máquina que han permitido fecharlos entre 1906 y 1907. El autor sumaba setenta y cuatro años y han de considerarse entre sus últimas producciones.

A la dificultad de descifrar una escritura sin corregir y conociéndose la afición diltheyana a hacerlo hasta en las últimas pruebas de imprenta, se unen repeticiones, oraciones sin verbo, blancos, algún apunte para desarrollar alguna vez y palabras de difícil identificación. La obra de Nohl y Misch ya es una versión, a la que se añaden las que se nos exige a los traductores o, según prudentemente se llaman Imaz y sus compañeros, autores de una versión. Posible,

como siempre pasa con los textos literarios y, muy especialmente, el que ahora nos ocupa. Debo decir que una traslación filológica habría de ser de difícil lectura. Un documento y no un texto legible para un interesado de lengua española en nuestro siglo. Así que me impuse completar con alguna palabra lo incompleto, apretar reiteraciones y aliviar cierta pompa imperial tudesca que carece de actualidad. Quien lea, provisto de estas precauciones, juzgará el resultado.

Vista en panorama, la obra de Dilthey es una sucesión de escritos inacabados. No carece de formalidad, mucho menos de formulación. Es así por naturaleza, fragmentaria, y el fragmento es un género en sí mismo, mal que le pese a Dilthey quien, en general, se propuso dejar un monumento textual sistemático. De sus programas formales, la *Introducción a las ciencias del espíritu* sólo conoció su primer tomo y en cuanto a la biografía de Schleiermacher, conservó su naturaleza de proyecto. Los ensayos de esta entrega integran un conjunto cuyo plan global era una historia del espíritu alemán pero, según se observa en la secuela de sus ediciones, es un puzle que admite –si es que no exige– distintos modelos a rellenar con las piezas sueltas: escritos, trozos de escritos, muchos de ellos dispersos aparte de inconclusos, cartas y esbozos que constituyen un todo, informal pero totalidad al fin, debido a su fiel documentalista el conde Yorck.

Disperso y fragmentario, ¿es Dilthey un ensayista logrado o un sistematizador frustrado? La tradición del ensayo que parte de Montaigne y Pero Mexía

rescata la primera opción, la que –cabe repetir– a Dilthey no le habría gustado nada. Él era un sistemático alemán del siglo XIX. No podría aceptar la dispersión formal de Nietzsche ni habría entendido que alguien escribiera lo que Wittgenstein o Pessoa. Sin embargo, acabó haciendo algo que se les parece. Entonces: estamos ante un síntoma. En efecto, la totalización es impracticable en cuanto aceptamos que sólo conocemos un pedazo de ese Todo que necesariamente nos inquieta conocer y que, como deber epistemológico, nos corresponde admitir lo parcial de nuestra tarea.

Quizá convenga repensar la vida biográfica –si se permite el pleonasma– de alguien que nació poco después de morir Hegel y llegó a vivir hasta poco antes de la guerra mundial. Es decir, que su vida transcurre paralela a la preparación, la instauración y la culminación del Estado alemán, finalmente estructurado como imperio. Todo un sistema, faltaría más, cuyo destrozo Dilthey no alcanzó a presenciar pero en cuyo subsuelo se conmovía ya la catástrofe. Hecho de trozos confederados, de él nos quedan a su vez los trozos de una brillante y sólida construcción cultural, de la que Dilthey forma parte. No parte del Todo sino la Parte como Todo.

El sistema exige una lógica objetiva: llegar a ser el saber de todos y de ninguno. No el tuyo o el mío sino el nuestro. Pero Dilthey dice *Yo* demasiado a menudo como para saciar semejante empresa. Habla en primera persona de sus gustos y preferencias, elige y elimina, se lo declara al lector e intenta objetivarlo, hacerlo entendible en primer lugar para él mismo.

Actúa en tanto ensayista y no según lo haría un sistematizador.

¿Cómo conjugar el proyecto esbozado y la tarea cumplida? Tal lo hace siempre, la historia propone una salida. En efecto, el significado objetivo de los actos de cada quien –yo, usted, Wilhelm Dilthey– está en la historia, es la Historia. Pero la experiencia histórica de cada cual no es la misma, es decir que carece de objetividad. La historia es nuestra pero mi experiencia, tan mía como tuya la tuya, etcétera.

Nuestro filósofo hace de este cruce un elemento constante –quien quiera traduzca: obsesivo– partiendo de la psicología, de la *quidditas* de cada uno porque es parecida en todos nosotros. Si te hablo es porque sé que entiendes lo mismo que yo y, por lo tanto, me entenderás. Sobre este entretrejido donde juegan de hilos los valores, los fines, la interferencia mutua y el lenguaje que promete absolverlos uno por uno, se representa la escena fundante de la sociedad: alguien que narra lo hace para alguien que lo entiende porque es narrado por aquél y, en su momento, hará de narrador. Erigida la sociedad, nace su memoria, la tarea del historiador. Es la base de la mayor parte de los escritos diltheyanos porque lo sostiene la convicción de que sabemos lo que cuenta la historia de nuestro saber. Dilthey le otorga un macrosujeto fantasmal llamado Espíritu. A veces, le añade un apellido: Espíritu Alemán.

Desde luego, este fantástico señor habla y escribe en una lengua llamada «alemana». Puede ser húngaro, austríaco, suizo y hasta es posible que alemán, pero resulta alemán por lo que habla y escribe.